

## CAPITULO CCXXIX.

Campana de Cataluña en 1643 y 44.—Vuelve el Monarca á Cataluña.—Toma de Lérida.—Sitio de Tarragona.

Después de la caída del Conde-duque quiso Felipe IV ponerse al frente de los negocios y dirigirlos personalmente, auxiliado de sus secretarios; pero poco apto y ménos aficionado á los serios trabajos del gobierno, los abandonó pronto en manos de D. Luis de Haro, sobrino del Conde-duque.

Cuando se determinó abrir la campana en Cataluña, menester hubiera sido emprenderla también en Portugal, pero las fuerzas faltaban y las lecciones pasadas habían enseñado que no podía, sin peligro grave de mal resultado, extender demasiado las escasas fuerzas.

El general francés la Motte-Houdencourt amenazaba á Aragón, cuyas plazas estaban indefensas, dándole así entrada hasta el mismo corazón del reino.

En consecuencia, ordenó á los señores de Andalucía y Extremadura que acudiesen á la defensa de la frontera de Portugal, y retirando de allí las tropas que así quedaron disponibles, fueron enviadas á Cataluña, donde las fuerzas leales, desde la batalla de las Horcas, se habían desmoralizado hasta tal punto, que á la sola presencia del enemigo daban á huir sin tratar de defenderse siquiera, como sucedió en Flix, donde á la llegada de la Motte, que atacó el campo castellano, escaparon jefes y soldados, abandonando cañones, banderas, municiones y bagajes, y dejando doscientos muertos en el campo, y quinientos prisioneros en manos del enemigo.

Pero la acertada elección de D. Felipe de Silva para dirigir la guerra en el Principado, y los esfuerzos que para reforzar su ejército se hicieron, corrigieron aquellos males, impidiendo por de pronto que las deserciones de los soldados continuaran.

El marques de Torrecusa logró cuatro mil soldados de Nápoles, de donde era natural; el de Villator reclutó en Cerdeña un tercio numeroso; Valencia, Aragón y Andalucía enviaron sus fuerzas, pudiendo así reunirse unos veinte mil hombres para reforzar el ejército que ya estaba en operaciones.

Para mover aquellas fuerzas hacía falta dinero, y las arcas del tesoro estaban exhaustas. Las Cortes de Castilla trataron de remediar aquel mal, pero estando los reinos completamente esquilmos, no era posible sacar de ellos ningún nuevo sacrificio más de los ya excesivos á que estaban condenados tiempo hacía, por lo cual, no pudiendo otorgar recursos de inmediata realización, votaron un servicio de veinte y cuatro millones, pagaderos en seis años, que habían de comenzar á contarse en 1.º de agosto de 1744: afortunadamente llegaron por aquel tiempo los galeones de Méjico cargados de plata, con gran oportunidad para poder pagar á las tropas y ponerlas en movimiento, haciéndolas llegar á las fronteras de Aragón.

Este reino suplicó entonces al Monarca que volviese, no temiendo ya al favorito, á quien todos odiaban, á lo cual accedió gustoso, porque procuraba en aquel entonces enterarse por sí mismo de la marcha de las cosas, y deseaba al mismo tiempo manifestarse en el mismo país en que le habían visto sujeto por los hábiles lazos de Olivares, que le hacía pasar el tiempo en juegos y cazas, rodeado de cortesanos, y presenciar las operaciones de la guerra, atender á todo, alentar, ya que no dirigir, á generales, cabos y soldados.

En consecuencia dejó la dirección del gobierno á la Reina, y marchó á Fraga.

Feliz fué el comienzo de las operaciones, pues D. Felipe de Silva, en tanto que el Rey terminaba su viaje, recuperó á Monzon y puso sitio á Lérida con quince mil hombres en el mes de mayo.

El general francés la Motte, haciendo una hábil contramarcha, logró, antes que se terminasen los trabajos del sitio, introducir en la plaza socorro de hombres, víveres y municiones.

Acometióle, sin embargo, el general castellano, cuando salió de la plaza, trabándose un renidísimo combate, en el cual fué vencido la Motte-Houdencourt, dejando en manos de aquél mil quinientos prisioneros, toda su artillería y gran parte del convoy, y perdiendo en la batalla dos mil hombres que quedaron tendidos en el campo.

La Motte, con los que le quedaron, huyó en dirección de Cervera.

Pudo la ciudad resistirse con aquel socorro por espacio de cuatro meses, pero al fin los víveres faltaron, y Lérida se vió precisada á capitular el día 6 de agosto.

Fácilmente se comprende el efecto que semejante triunfo había de producir en aquel ejército, que no había sufrido más que reveses.

La torpeza de los generales, las malas condiciones con que se habían organizado los ejércitos destinados á aquella guerra, habían sido ocasion de las repetidas desgracias que sobre ellos habían caído, así es que lógicamente puede comprenderse que el entusiasmo y la alegría se apoderasen de aquel ejército, entusiasmo y alegría que después se esparció por el resto de España.

Por nuestra desdicha los hechos subsiguientes no correspondieron á lo que de aquel éxito parecía prometerse.

Felipe IV hizo su entrada triunfal en Lérida al día siguiente de su capitulación, en medio de las más entusiastas aclamaciones, y

como quiera que las banderas castellanas hacía tiempo que no tremolaban victoriosas por aquella parte, consideróse aquel hecho como un verdadero acontecimiento.

El rey de España hizo juramento de respetar sus fueros é igualmente los de toda la provincia, medida política de gran importancia, cuyos resultados se experimentaron bien pronto.

El espíritu público se había levantado en gran manera con la toma de la importante plaza, y la medida del Monarca de hacer extensivo el juramento á toda la provincia, llevó consigo la entrega de puntos tan excelentes como Solsona, Ager y Agramunt.

Verdaderamente éramos deudores á D. Felipe de Silva del cambio notable que se había verificado en nuestra situación, y á todo trance parecía que debiera haberse conservado en aquel puesto.

Valiente y entendido capitán de los tercios de Flándes, probado en cien combates y vencedor en Fleurus y en Maguncia, dotado de tanto valor como experiencia, si cierto hubo nombrándole para el mando del ejército de Cataluña, mayor acierto hubiese sido el saber conservarle en él.

Mas por desgracia todas las esperanzas con tanta justicia concebidas destruyéronse bien pronto.

El conde de Monterrey, amigo ó pariente del conde-duque de Olivares, y que puede decirse que era el único que había tenido habilidad suficiente para ir sosteniéndose en el favor del Monarca, sembró en su ánimo sospechas y deconianzas, de las cuales se apercibió el noble general portugués.

Resintióse, como es consiguiente, y manifestó su resolución de dejar el mando sin que nada hubiese ya que, formada esta resolución, le hiciese desistir de ella.

No era posible que siguiese ejerciendo un mando de aquella importancia persona de quien se había llegado á desconfiar, y la delicadeza y el pundonor de D. Felipe de Silva no pudieron transigir con aquel proceder, negándose á todas las súplicas y á todos los esfuerzos que se hicieron para que continuase al frente del ejército.

Entonces se dió el mando de las tropas de Cataluña á D. Andrea Cantelmo, italiano, y de quien hemos dicho algo, como uno de los individuos que componían la Junta de gobierno de Flándes después del fallecimiento del cardenal-infante D. Fernando.

Era el nuevo general persona de buenas condiciones, leal, honrado, pero que no reunía las dotes que para el puesto á que se le destinaba se requería.

Lógico era que los franceses tratasen de reparar los descalabros sufridos, descalabros que para su suerte en Cataluña eran de gran entidad, y así fué que hicieron todos los esfuerzos posibles para conseguirlo.

Para este efecto el mariscal de la Motte reunió hasta doce mil hombres y un gran tren de artillería, y como que sobre Lérida hubiera sido temeridad incalificable intentar nada, fué á caer sobre Tarragona.

Púsose de acuerdo con el mariscal de Brezé, cuya escuadra recibió encargo de cerrar la boca del puerto, y no dudaron uno y otro en prometerse un buen resultado para la empresa.

Ejercía el mando de la plaza á la sazón el marques de Toralto, lugarteniente que había sido del marques de Povar cuando la desdichada catástrofe de La Granada, y que fué conducido á Francia prisionero como todos los que componían aquel ejército.

Tenía deseos de hacer comprender á los franceses que no siempre habían de encontrar oportunidades como la mencionada, y así fué que desde los primeros momentos preparóse para hacer una resistencia desesperada.

El día 18 de agosto dió comienzo la empresa por medio de una furiosa embestida que se rechazó con tanta bravura como se diera el ataque, y desde aquel momento puede decirse que no cesaron los combates.

En el corto espacio de mes y medio dispararon los franceses contra la plaza más de siete mil cañonazos, dándola infructuosamente hasta trece asaltos.

Con esto creemos haber hecho el más cumplido elogio de la conducta, tanto del jefe que dirigía la defensa, como de la valiente guarnición que le secundaba.

Hubo momentos en que llegaron los franceses á apoderarse de algunas obras de defensa, pero inmediatamente se veían obligados á abandonarlas, porque llenos de ira arrojábanse sobre ellos los defensores de la plaza, y los fosos quedaban llenos de cadáveres enemigos.

Desesperado estaba la Motte, vista la inutilidad de sus esfuerzos, y su empeño crecía en la proporción que veía disminuir sus fuerzas, viéndose, finalmente, obligado á levantar el sitio, porque tuvo aviso de que Andrea Cantelmo desde Lérida acudía en socorro de la plaza.

Con su ejército debilitado por los trabajos de aquel sitio, no se atrevió el de la Motte á esperar al general castellano, y no tuvo otro remedio que alzar el cerco de la plaza en 3 de octubre, retirándose ignominiosamente después de haber sacrificado tres mil hombres inútilmente.



J. SERRA, Lp.

L. VIDAL, Omo, 21

EL INFANTE D. JUAN DE AUSTRIA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO CCXXX.

Muerte de la reina D.<sup>a</sup> Isabel.—Pérdida de Rosas.—D. Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV.—Córtes aragonesas.—Júrase en ellas al príncipe D. Baltasar Carlos.—Comienza la privanza de D. Luis de Haro.

DESCONCEPTUÓSE de una manera notable el mariscal de la Motte con tan desdichada empresa; y la corte de Francia, que no podía mirar con indiferencia el mal papel que sus armas estaban haciendo, relevó á la Motte del mando que ejercía, intimándole que se presentase allí para dar cuenta del estado en que se hallaba aquella nueva adquisición hecha por la corona de Francia.

Al mismo tiempo el rey D. Felipe veíase obligado á regresar á Madrid por un motivo bien triste.

La reina D.<sup>a</sup> Isabel de Borbon, que especialmente en los posteriores años, libre ya de la maléfica influencia de Olivares, había tenido ocasion de mostrar las excelentes dotes que poseía, dotes que la hicieran acreedora al respeto y al aprecio de la nacion, había fallecido el día 6 de octubre de 1644, siendo generalmente llorada.

Por esta razon el Monarca hubo de marchar á la corte precisamente en los momentos en que los asuntos de Cataluña principiaban á ofrecer un aspecto distinto del anterior.

Profundo dolor experimentó el Rey por la muerte de su esposa, á quien se tributaron honras fúnebres con extraordinaria suntuosidad, encerrándose el viudo Monarca en el Pardo durante algun tiempo, y en el Buen Retiro despues, entregado á la inmensa pena producida por aquella irreparable pérdida.

Sin embargo, las necesidades del Estado obligáronle á sobreponerse á su pesar, y como que lo de Cataluña estaba exigiendo imperiosamente que se la atendiese como debía, preparóse lo necesario para volver á salir á campaña al siguiente año.

Efectivamente, en marzo de 1645, el día 11 salió el Rey de Madrid para Zaragoza, llevando consigo á D. Felipe de Silva, cuyos consejos quería escuchar, pero las preferencias que ya estaba dando el Rey á ciertos individuos, más cortesanos que entendidos en materias de guerra, resentían á los mejores generales, y de aquí provino que el marques de Villafranca pidiera retirarse á sus estados de Nápoles, y algunos otros tambien dieron patentes señales de su disgusto.

No se presentó muy bien la campaña de este año. El conde de Harcourt, que en las guerras de Italia había adquirido gran fama, fué nombrado virey de Cataluña por la reina regente de Francia, y trajo consigo más de doce mil hombres, y un excelente tren de artillería, con el cual se propuso apoderarse de la plaza de Rosas, confiando esta empresa al conde de Plessis Praslin, á la vez que una escuadra formidable había de bloquear la plaza por la parte del mar.

Dos meses se sostuvo Rosas, defendida por D. Diego Caballero, con tres mil infantes y trescientos caballos, hasta que por fin capituló, sospechándose que fué por motivos poco honrosos, razon por la cual fué más tarde conducido á la cárcel de corte de Madrid.

Entre tanto prosiguió el de Harcourt internándose en el Principado, llegando á encontrarse con el ejército castellano en las cercanías de Balaguer, donde pretendió presentar la batalla, pero no le dieron lugar de hacerlo aquellas tropas que, espantadas á su sola presencia, se dispersaron, huyendo vergonzosamente por bosques y desfiladeros, con lo cual pudo el frances cercar con toda tranquilidad la poblacion y rendirla sin resistencia ninguna.

Este fácil triunfo hubiera acaso sido el precursor de otros más importantes, y quizá habría Harcourt continuado triunfante su marcha hasta Zaragoza, si atenciones más perentorias no le hubiesen obligado á dedicar su atencion á Barcelona mismo.

Se había formado una conspiracion en la capital con objeto de entregar la ciudad á los españoles, y para sofocarla fué menester que el general frances acudiese con sus fuerzas, abandonando todo otro objeto.

Dirigía la conjuracion la baronesa de Albes, y tanto ella como todos los demas conjurados fueron presos y entregados al verdugo.

Salvóse, empero, la baronesa, que, no obstante ser la más culpada, fué la que logró alcanzar más indulgencia; las causas de esta benevolencia han quedado ignoradas, aunque la malicia encontró la razon de ella en la notable belleza de la dama.

Luego de la muerte de la reina D.<sup>a</sup> Isabel pareció D. Felipe tan dominado de tristeza y melancolía que hasta llegó á prohibir la representacion de comedias, como no fuesen de vidas y hechos de santos, recomendando la institucion de fiestas religiosas; mas duró poco aquel recogimiento, volviendo despues á sus disipadas costumbres.

Uno de los primeros actos del Rey viudo despues de pasada la primera apariencia de dolor por la pérdida de su esposa, fué un alarde de los devaneos de su vida pasada, nombrando generalísimo de mar y tierra al hijo que había tenido de la famosa comica de Madrid, María Calderon, conocida más bien con el nombre de la Calderona.

Por una imitacion inoportuna del emperador Carlos V, su ilustre abuelo, había querido Felipe llamar á su bastardo tambien don Juan de Austria y comenzar su carrera con el mismo empleo que el otro con más gloria había desempeñado.

Convocadas por el Monarca las Córtes aragonesas en 11 de agosto,

para reunirse en Zaragoza el 20 de setiembre, permaneció allí hasta el 3 de noviembre, en que se disolvieron.

El principal objeto de estas Córtes fué el reconocimiento y jura del príncipe D. Baltasar Carlos, hijo único de Felipe IV, y jura como heredero de la corona.

En aquella ceremonia juró tambien el Príncipe guardar y hacer guardar las leyes, fueros y costumbres del reino, como era costumbre.

Había tambien convocado en 18 de agosto las Córtes valencianas con el propio objeto, para lo cual pasó despues á Valencia, donde con igual solemnidad se verificó la jura, regresando finalmente á Madrid en 4 de diciembre.

Antes de salir de Valencia había convocado Córtes en Castilla para el 15 de enero, Córtes que no se abrieron hasta el 22 de febrero.

Tales eran los apuros que había para continuar las guerras en que nos hallábamos empeñados, que los procuradores no pudieron ménos de votar algunos subsidios á pesar de la penuria grande porque atravesaban los pueblos, y las cantidades votadas, ya de sí pequeñas para las grandes atenciones que habían de cubrir, irían recaudándose en distintos plazos, pues no de otro modo podía gravarse á los pueblos.

Fueron otorgados 1.460.000 ducados de plata pagaderos en seis meses por acuerdo de 11 de abril; en 3 de enero del año siguiente, pues estas Córtes no se disolvieron hasta el 28 de febrero de 1647, formalizó el reino una escritura á favor del Rey, prorogando los servicios de los 9.000.000 de plata, y extension de la alcabala hasta el final del año 1650; y finalmente, en 21 de febrero, pocos días antes de disolverse las Córtes, prestaron sus procuradores su consentimiento para que S. M. pudiese vender 130.000 ducados de rentas sobre el segundo uno por ciento en lo vendible, y se prorogó el servicio de los 300.000 ducados, mitad plata y mitad vellón (1).

El Monarca, sin haber escarmentado en las lecciones recibidas por el favoritismo de que disfrutara el conde-duque de Olivares, volvió de nuevo á dejarse dominar por nuevos validos, y precisamente fueron éstos antiguos favorecidos de aquél.

El principal de todos lo era D. Luis de Haro, hijo del marques del Carpio y sobrino de Olivares, el cual entró con tan buen pié en el favor real como disgusto causó á la nacion en general.

Para aumentar los males que ya esto llevaba consigo, fallecieron los dos generales que tan distinto sesgo habían dado á la guerra de Cataluña, que fueron Silva y Andrea Cantelmo, y precisamente no se encontró más á propósito para sustituirles que el marques de Leganes, aquel mismo general derrotado en el llano de las Horcas, delante de Lérida.

Ni los desdichados recuerdos que de su mando dejó, ni la prision que por esta causa hubo de sufrir, fueron óbice para aquel nombramiento.

Pero era amigo del nuevo privado, y se le nombró virey y capitán general del Principado á pesar de la presuncion con que ya tanto el ejército como la nacion le miraban.

El de Leganes comenzó á hacer sus preparativos para entrar en campaña, y entre tanto el Rey, á quien parecia que no preocupaba otra idea que la de hacer que el Príncipe su hijo fuese reconocido y jurado en todos sus reinos, salió de Madrid el día 14 de abril de 1646 y se dirigió á Pamplona.

Las Córtes de Navarra en 25 de mayo juraron al príncipe don Baltasar Carlos sin oposicion alguna, reconociéndole como heredero de la corona, y mientras tanto el de Leganes tomó posesion del mando del ejército en circunstancias, por cierto, bastante críticas.

Precisamente el conde de Harcourt, despues del buen éxito de su empresa sobre Rosas, y de haber apaciguado los ánimos en Barcelona, decidió arrebatar la importante plaza de Lérida á los castellanos, vengando así el desastre que sufriera su antecesor Lamotte.

Púsose ante la plaza, y tan decidido estaba á conseguir su propósito, y tanto confiaba en la flojedad de los nuestros, que se atrincheró fuertemente en su campamento, seguro de que nadie había de hacerle levantar el sitio.

La plaza, sin inquietarse por los propósitos del frances, aprestóse para resistir, confiando en que el ejército castellano acudiría tambien en su auxilio.

Pero los meses pasaron y el marques de Leganes ni aún intentó siquiera hacer nada en pro de los sitiados.

Lógicas eran las quejas que por todas partes circulaban respecto á semejante conducta.

La situacion de Lérida comenzaba á ser bastante apurada, el hambre y la miseria consumían á la guarnicion, y no se daba paso alguno para sacarla de aquel deplorable estado.

De aquí que la desconfianza respecto al jefe del ejército y virey de Cataluña fuese cada día en aumento, murmurándose hasta sin rebozo de su conducta.

(1) Archivo de la Suprimida Cámara de Castilla.



EL PRÍNCIPE DE CONDÉ

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.